

**Antonio Villalba Pérez**  
(1.996)

## **2. 2. DESARROLLO SOCIOAFECTIVO EN EL NIÑO SORDO.**

### 2. 2. 1. DINÁMICA FAMILIAR.

El primer ambiente que el niño vivencia es el claustro materno y el entorno familiar. La relación del niño con su entorno y su familia motivará en unos casos y favorecerá en otros, la aparición paulatina de las conductas y facultades propias del comportamiento humano.

Las primeras experiencias de la vida del niño y una gran parte de las experiencias posteriores, pertenecen al mundo emocional y afectivo: esto gusta, esto no gusta, esto tranquiliza, da miedo, etc. La evolución de este entramado de sensaciones terminará dando origen a comportamientos complejos y conductas altamente elaboradas. Las interacciones padres - hijos en los primeros años de vida son fundamentales en el desarrollo de la estabilidad emocional, en la adquisición del lenguaje y en la consecución de hábitos y actitudes adecuadas.

El momento del descubrimiento de la sordera es de consecuencias vitales y a menudo permanentes para la familia y el niño. Los padres suelen tener sentimientos de rechazo hacia los profesionales que han diagnosticado la sordera u otras dificultades en el hijo. Se quejan con frecuencia de cómo se les informó y de las escasas explicaciones que se les ofrecieron. Northern y Downs (1974) en relación con el cómo dar la noticia, consideran que quizás no exista forma de mitigar el shock que producirá la información, por lo que se impone una actitud de simpatía y comprensión hacia los padres. Asimismo, recomiendan la organización de dinámicas de grupo o escuelas de padres dirigidas por profesionales expertos.

Los padres desarrollan ciertos mecanismos de defensa mediante los cuales se protegen ante una situación que les resulta insoportable. Estas formas de enfrentarse al problema, totalmente normales en un primer momento, pueden tener una repercusión muy negativa si se prolongan en el tiempo y retrasan el inicio de la intervención. Así nos podemos encontrar con:

- Mecanismos de negación. Se desoye durante un tiempo los consejos de los demás o la propia convicción de que será aconsejable un examen de audición. Se retrasa así el diagnóstico y el inicio de la estimulación temprana. Se desconfía del primer diagnóstico y se emprende un peregrinaje en busca de la información deseada, no real.
- Falsas esperanzas. El conocimiento de la existencia de ciertas técnicas y métodos hace albergar esperanzas irreales.
- Aflicción. En un segundo momento, resignados a lo evidente de la sordera y conscientes de sus repercusiones, puede aparecer un dolor reprimido, no elaborado, que puede llegar a perdurar indefinidamente. Algunos padres, un 25% aproximadamente, llegan a soportar niveles importantes de estrés con repercusiones incluso a nivel

**Antonio Villalba Pérez.** Atención Educativa de los alumnos con NEE derivada de una deficiencia auditiva. Consellería de Cultura, Educación y Ciencia. Generalitat Valenciana, 1.996.

orgánico (Fortich y Ortí, 1988). La ansiedad y la inseguridad en los adultos favorece el desarrollo de relaciones sobreprotectoras y dependientes, y retrasa la autonomía y madurez social del niño.

- Una actitud bien distinta, pero que obedece en el fondo a razones similares a las anteriores es la “delegar en los expertos”. Esta actitud nada infrecuente es bastante perjudicial para el desarrollo del lenguaje y el ajuste personal del niño.

Para hacer frente de forma eficaz a la deficiencia auditiva es necesario, en primer lugar, comprender las consecuencias que acarrea la pérdida de audición y aceptar su irreversibilidad. Solo cuando los padres entienden lo que es la sordera y conocen y aceptan las limitaciones que va a imponer en su vida, pueden afrontar el problema de forma apropiada.

La actitud de los padres ante el handicap del hijo influirá decisivamente en la actitud que el niño adoptará ante su limitación. El concepto de sí mismo que mantendrá el niño sordo y la forma en que se comunicará y relacionará con los demás dependerá, en gran medida, de la actitud de su familia.

## 2. 2. 2. INTERACCIONES COMUNICATIVAS CON LOS ADULTOS OYENTES.

Un aspecto importante del sonido es su capacidad para provocar y transmitir emociones. Sirviéndose de las diferencias del tono, del volumen, del ritmo y de otras características, el niño aprende a distinguir entre el afecto, la ternura, el estímulo o la reprimenda. La simple imitación de estos sonidos le va a permitir iniciarse en la comunicación intencionada.

El bebé que oye se calma al oír la voz de su madre y el niño de meses, e incluso el de más de un año, se siente seguro en el radio de influencia de la voz materna. El sonido juega un importante papel en el proceso de individualización-separación que tiene lugar entre los 8-16 meses.

La falta de audición aísla al niño y le dificulta la comunicación y la comprensión de la emocionalidad antes aludida. Obstaculiza, asimismo, la imitación de sonidos y el aprendizaje espontáneo del lenguaje oral. El niño sordo comprenderá mal las explicaciones orales sobre las emociones y sentimientos del otro, incluso comprenderá peor el significado de las expresiones faciales. Generalmente no se les suele explicar el porqué de las acciones y termina por conocer mal las intenciones de los demás, el origen de los sucesos, los matices que acompañan a los distintos conceptos, la complejidad de las cosas, etc. No ha de extrañar, por tanto, que el niño deficiente auditivo se muestre inseguro, inflexible, egocéntrico, susceptible, falto de control sobre sí mismo e impulsivo.

La falta de información sobre el funcionamiento físico y social, la inseguridad al descifrar mensajes, y el lenguaje empobrecido del sordo contribuyen a afianzar los comportamientos anteriores.

Las interacciones comunicativas adulto - niño sordo suelen caracterizarse por ser más controladoras y normativas que las que tienen lugar entre adultos y niños oyentes. Los

**Antonio Villalba Pérez.** Atención Educativa de los alumnos con NEE derivada de una deficiencia auditiva. Consellería de Cultura, Educación y Ciencia. Generalitat Valenciana, 1.996.

adultos oyentes no le suelen explicar suficientemente la razón de las normas, el por qué de las acciones, ni los hechos que ocurrirán en el futuro. La consecuencia de todo ello es que el niño sordo desconocerá o no entenderá bien las normas, y su conducta, en ocasiones, será inadecuada (Alonso y otros, 1991).

En general, son los padres los que suelen tomar la iniciativa, se muestran directivos, limitan el campo de acción del niño y le posibilitan pocas opciones en sus respuestas. Les suelen dirigir preguntas cerradas con dos alternativas: ¿Quieres esto o aquello?

Estas interacciones, además, hacen referencia siempre al contexto inmediato, al “aquí y ahora”. No se habla del pasado ni del futuro ni de lo que podrá pasar ya que exigiría expresiones elaboradas y abstractas. Este reduccionismo dificulta que el niño entienda las secuencias temporales, que se aleje de lo concreto, que piense en lo posible y planifique los sucesos. (Clemente y Valmaseda, 1985).

Las dificultades para dar explicaciones llegan, incluso, a influir en la permisividad de los padres. A los niños sordos se les permite mayores caprichos y se es menos severo con ellos en temas tales como los rituales de acostarse, la higiene, etc.

La existencia de un código temprano de comunicación facilita un mayor nivel de información, favorece el control interno de la propia conducta y permite un control externo correcto a través de interacciones adecuadas. Los padres y los educadores han de ejercer el control externo de forma apropiada y tienen que enseñar a los niños a plantear sus exigencias y a aceptar pequeñas frustraciones.

Si el control externo se ejerce demasiado pronto o de forma severa puede fomentarse la rebeldía y se impide un aprendizaje correcto. Por otra parte, si no se ponen límites a la conducta del niño, éste tenderá a plantear sus demandas de forma inmadura lo que favorecerá su egocentrismo. (Alonso y otros, 1991).

La inmadurez y el egocentrismo que frecuentemente muestra el niño sordo no es algo intrínseco a la sordera. Es consecuencia de la falta de información y del aislamiento que padece el niño sordo y de la inconsistencia de la conducta de los adultos.

Los niños sordos con mayor competencia lingüística se asemejan en su desarrollo socioafectivo y en su comportamiento a los niños oyentes. Las familias que poseen un buen dominio del lenguaje de signos o de sistemas bimodales se sienten más seguras en su papel de pares y aumentan la complejidad y duración de sus interacciones.

### 2. 2. 3. AUTOCONCEPTO. VALORACIÓN DE SÍ MISMO.

El deficiente auditivo, especialmente el sordo profundo prelocutivo, se desenvuelve en medio en el que se encuentra incómodo por las dificultades de comunicación que encuentra. Con frecuencia, incluso, percibe que no le entienden o que él no atina a comprender lo que la otra persona le dice. Observa reacciones de incomodidad y percibe, a veces, que el diálogo se reduce o queda comprometido para futuras ocasiones.

Se desenvuelve, además, en un medio cambiante sobre el que no posee información suficiente.

El control externo de su conducta no siempre se realiza con la coherencia, información y condiciones deseables. A veces le controlan en exceso y otras veces no. Todo ello por las dificultades que acarrea el darle explicaciones claras y convincentes.

Con el paso del tiempo, los niños sordos se dan cuenta de que no son iguales a otros chicos y que su disminución auditiva acarrea dificultades e inconvenientes importantes. Los que se encuentran escolarizados en centros ordinarios sin otros compañeros sordos y sin conocer personas sordas adultas, carecen de referencias de grupo y pueden experimentar sentimientos de soledad aislamiento. Los escolarizados en centros específicos no siempre son hábiles socialmente y, en ocasiones, encuentran dificultades de socialización fuera de su contexto escolar.

Por otra parte, se sienten continuamente comparados con los oyentes en las áreas en las que ellos son deficitarios e ignorados en las que pueden rendir igual que cualquier otro chico. No es extraño, por tanto, que entre los deficientes auditivos abunden los sentimientos de inseguridad, y que sea frecuente en ellos tener un bajo concepto de sí mismo formado a través de las percepciones de los demás.

Los sordos hijos de sordos encuentran menos inconvenientes de este tipo, controlan mejor sus impulsos y muestran mejor adaptación e imagen de sí mismos. Tienen modelos claros y adecuados con los que identificarse, desean ser como sus padres, como sus amigos sordos y no se infravaloran. Desarrollan expectativas realistas sobre lo que serán de mayores. Disponen, además desde muy pequeños de un sistema eficaz de comunicación: el lenguaje de signos.

El dominio por parte del entorno familiar de un sistema de comunicación capaz de asegurar interacciones de calidad con el deficiente auditivo supone:

- Normalizar las reacciones y el comportamiento del entorno hacia el niño, al menos en gran parte.
- Contar con una comunicación espontánea no interferida por la insatisfacción y la angustia.
- Incrementar los contactos y el tiempo de interacción.
- Mayor información sobre el medio que le rodea.
- Posibilidad de regular su conducta de forma más coherente y adecuada. Posibilidad de explicarle normas, valores, peligros, invitaciones a colaborar, etc.

No debe de extrañarnos, por lo tanto, que al comparar los niños sordos hijos de padres sordos con los de padres oyentes, aquellos muestren mejor adaptación personal y social, mejores resultados académicos y mayor facilidad para la expresión escrita.

**Antonio Villalba Pérez.** Atención Educativa de los alumnos con NEE derivada de una deficiencia auditiva. Consellería de Cultura, Educación y Ciencia. Generalitat Valenciana, 1.996.

#### 2. 2. 4. INTERACCIONES SOCIALES DEL NIÑO SORDO CON SUS IGUALES: OYENTES Y SORDOS.

Las interacciones sociales del niño sordo con sus iguales suelen ser poco flexibles, poco estructuradas, esporádicas, simples y breves y referidas a aspectos del “aquí y ahora”.

Muchos niños oyentes que cuentan en sus clases con compañeros sordos no saben como comunicarse con ellos. En contra de la idea bastante generalizada de que los niños se comprenden muy bien entre sí, se ha constatado en diferentes investigaciones que muchos niños oyentes desconocen los efectos de la sordera y mantienen mitos y estereotipos acerca de sus compañeros sordos.

La impulsividad, la inseguridad, la inmadurez social y el bajo concepto de si mismo, tan frecuentes en los jóvenes sordos, no deben considerarse como rasgos constitutivos de una “personalidad del sordo”. Estos comportamientos son, en realidad, el resultado de:

- La ausencia de un código de comunicación adecuado y disponible desde los primeros años que permite la regulación externa e interna de su conducta.
- La falta de información y de experiencia.
- El desconocimiento del porqué de las normas y valores.
- Las expectativas y actitudes inadecuadas de los demás.
- Las interacciones empobrecidas y más simples.
- Las dificultades e inconvenientes a que le somete una sociedad que no planifica pensando en las personas con falta de audición.

#### 2. 2. 5. LOS SORDOS ADULTOS. LOS MOVIMIENTOS ASOCIATIVOS.

La existencia de una comunidad de personas sordas, pese a actitudes y a opiniones extremas, no tiene su razón de ser en una negativa hacia el mundo de los oyentes, sino en un deseo positivo de encontrarse con otros sordos para conversar, intercambiar información y disfrutar de forma relajada de sus ratos de ocio, además de solucionar problemas concretos y velar por sus derechos.

Los sordos que participan en asociaciones suelen tener una vida social más intensa y se encuentran social y personalmente más satisfechos (Kyle, 1985).

Los sordos profundos participan en este tipo de instituciones con más frecuencia que los hipoacúsicos. Por otra parte, los sordos educados en centros específicos tienden más a este tipo de asociacionismo que los educados en centros escolares ordinarios de integración escolar o en unidades especiales para hipoacúsicos.

Los hipoacúsicos presentan más problemas de identidad (no son sordos, no son oyentes) y no siempre les resulta más fácil satisfacer sus necesidades sociales, pese a su mejor comunicación oral.

Schlesinger y Meadow (1972) conceptúan la sordera profunda como algo más que un diagnóstico médico: “constituye un fenómeno cultural en el que los modelos y problemas sociales, lingüísticos e intelectuales están estrechamente vinculados”. Los líderes de los movimientos asociativos consideran al colectivo de personas sordas como una minoría cultural marginada a la que hasta ahora no se le han reconocido sus derechos y peculiaridades. Para Sam Pattipeiluhu (1990), líder del secretariado Regional para la Comunidad Europea (Federación Mundial de Sordos), las personas sordas no tienen discapacidad alguna, es la sociedad quien les ha colocado esta etiqueta y es el sistema social el que ha sustentado esta “discapacidad”.

Los problemas surgen de las dificultades que las personas sordas encuentran para entender y ser entendidas por los oyentes y de los inconvenientes que encuentran para desenvolverse en una sociedad basada en la palabra y pensada para normo-oyentes: radio, televisión, espectáculos, conferencias, asambleas laborales, mensajes orales en establecimientos públicos, teléfonos, etc.

La sociedad no siempre actúa con la previsión y prudencias debidas y comete en su trato con las personas sordas errores tan importantes como suele cometer con otros colectivos y minorías. Es preciso salvar estos inconvenientes, suprimir las barreras de la comunicación y asegurar a las personas sordas una integración más plena en nuestra comunidad.

La educación de los jóvenes sordos profundos ha de tener en cuenta los dos grupos en los que deben de integrarse de mayores, el mundo de los oyentes y el mundo de los sordos, sin que deba aceptarse la supresión de ninguno de ellos en su proyecto educativos (Marchesi, 1992).

## 2. 2. 6. IMPLICACIONES PARA LA RESPUESTA EDUCATIVA.

Las informaciones anteriores deben servirnos de invitación para programar una intervención educativa coherente y eficaz y para intentar abordar el problema en toda su amplitud y complejidad.

Debe quedar claro que es la comunicación en el seno familiar lo que hay que establecer o restablecer. La intervención educativa no debe limitarse al niño sordo. Todos los miembros de la familia deben ser instruidos en la comunicación con el niño sordo pequeño.

Las interacciones deben ser efectivas y espontáneas, los adultos deben evitar el didacticismo y adaptarse a los momentos de juego y de intercambio afectivo, procurando que el niño disfrute con el contacto y con la comunicación. Asimismo, hay que estimular su imaginación y no limitar nuestros mensajes a aspectos concretos del aquí y ahora”.

Las informaciones que se le hagan llegar deben ser tan elaboradas y complejas como permitan su edad y su capacidad de comunicación. Es necesario que conozca con precisión su entorno, hay que evitar el sincretismo, la comprensión aproximada de las cosas. La falta de información es fuente de inseguridad.

Los audífonos juegan un importante papel, permiten un mayor contacto del niño con su entorno, le informan de los ruidos, de acontecimientos inesperados, e incluso pueden llegar a facilitarle la percepción del habla. Su papel, por tanto, es múltiple: exploración del entorno, conexión-ruptura del aislamiento, ayuda para captar el habla. Se encuentran casos concretos en los que el audífono ha contribuido de forma decisiva a sacar a niños de situaciones regresivas de aislamiento y ensimismamiento.

La exploración del entorno, el equilibrio, la deambulación y la orientación en el espacio pueden mejorarse con la utilización de los audífonos. Puede incluso tener repercusiones tan concretas como facilitar que el niño comience a andar o que se atreva a alejarse del regazo materno.

La comunicación a los padres del diagnóstico de sordera en el hijo debe realizarse con sumo cuidado. Hay que evitar la aparición de sentimientos de culpabilidad, mostrar comprensión y fomentar la aparición de actitudes constructivas para afrontar el problema. Los padres deben percibir que existen profesionales dedicados a atenderles. Los equipos especializados han de informar a los padres sobre las repercusiones de la sordera e instruirles acerca de la forma de actuar. El contacto entre padres, las escuelas de padres o dinámicas de grupo, ayudan a hacer frente a los sentimientos de frustración y a los inconvenientes que se derivan de la sordera en el hijo.

Los padres deben contar con un sistema de comunicación que les permita entenderse con su hijo y regular su conducta. La comunicación no puede aplazarse durante un largo periodo sin la contrapartida y los inconvenientes que impone el aislamiento y la incompreensión. La regulación de la conducta de cualquier niño exige afectos, coherencia, estabilidad, continuidad y mucha información sobre el porqué de las normas a acatar y de los valores que rigen nuestro entorno social y familiar. En el niño sordo lo específico y lo difícil consiste en hacerle llegar la información precisa y no ceder o desistir ante las dificultades para hacernos entender.

Los niños deficientes auditivos necesitan que se les estimulen y motive, pero sobre todo, que se refuercen sus progresos, que se les felicite y que se reconozcan sus esfuerzos. Asimismo, conviene evitar el fracaso enfrentándoles a lo que desconocen. Hay que entrenarles previamente, evitar correcciones excesivas o precoces y demostrarle lo que son capaces de hacer. La aceptación incondicional, la pedagogía del éxito y el refuerzo de sus progresos, por modestos que sean, son la mejor forma de fomentar la confianza en sí mismo.

Deben recibir un trato similar al de sus compañeros. Hay que evitar excepciones y normalizar en todo el trato. Conviene que las ayudas de los compañeros no vayan siempre del oyente al sordo, también el niño sordo debe colaborar, ayudar, asumir responsabilidades y ser portavoz de informaciones o explicaciones para sus compañeros, aunque ello exija preparación previa y esfuerzo.

La convivencia del niño sordo con otros chicos deficientes auditivos, la coincidencia en el colegio y en el aula, y el conocer sordos adultos, le ayudan a aceptarse a sí mismo y evitan que se sienta sujeto único. La presencia en un mismo colegio de un grupo de chicos sordos e, incluso, la asistencia a la misma aula de más de un chico deficiente auditivo, facilitan su adaptación, la dinámica escolar y les proporciona a todos ellos un grupo de referencia con el que identificarse.

Los escolares oyentes que cuentan con compañeros sordos deben ser instruidos sobre los efectos de la sordera y entrenados en sistemas de comunicación. Deben conocer las precauciones a observar para facilitar la lectura labiofacial, y dominar la dactilología. Si los alumnos sordos del centro utilizan la Palabra Complementada (véase el anexo sobre los métodos educativos) o algún sistema bimodal deberían tener conocimientos sobre estos sistemas.

El ejemplo del profesor tiene una importancia decisiva. Si los profesores del colegio son hábiles en la comunicación, pacientes y respetuosos con el niño sordo, los alumnos les imitarán. Por el contrario, si se ponen nerviosos ante la presencia del deficiente auditivo y actúan con torpeza y precipitación serán imitados por los alumnos siendo difícil conseguir, en estas condiciones, una auténtica integración social y escolar.

## **RECUERDA.**

- Lo que hay que establecer no es la comunicación logopeda-niño, lo realmente importante es que el niño se comunique eficazmente con toda su familia y entorno.
- La familia debe ser instruida en técnicas de comunicación e interacción.
- Es importante evitar el reduccionismo en las interacciones. No limitarse al “aquí y ahora”. No ser directivos. No abusar del didactismo. Ampliar las opciones.
- Es necesario estimular la creatividad, mostrar complejidad facilitando información exhaustiva y compleja. Dar opciones, invitar a elegir y explicar el porqué de las cosas. Si se transmite simpleza, el niño sordo terminará con el tiempo siendo un ser simple. Si se transmite complejidad y se le informa de distintos puntos de vista, se favorece la prudencia, la moderación y la capacidad de juzgar las cosas de forma inteligente y desapasionada.
- El audífono conecta con el entorno y evita el aislamiento.

- La mejor forma de fomentar la autoestima del niño es aceptándolo tal cual es, utilizar la pedagogía del éxito, reforzar sus progresos, motivarle y darle la oportunidad de entrar en contacto con otros chicos y personas sordas.
- Los escolares oyentes que cuentan con compañeros sordos deben recibir información sobre la sordera y deben ser entrenados para comunicarse eficazmente con los sordos (precauciones con la labiolectura, dactilología, palabra complementada o bimodal cuando sea necesario).
- El ejemplo del profesor es decisivo. Debe mostrar habilidad en la comunicación, ser paciente y respetuoso.
- La convivencia con chicos de su edad y el aprendizaje de habilidades sociales son especialmente importantes: saludar, comprar, reclamar, protestar, pedir información, etc.